



Notas del mes

Alejandro Vázquez

Entre el alegre mocerío de aquel explosivo año de 1920, en que descollaba gente de la política, de las artes y de las letras, el nombre de Alejandro Vázquez Armijo descolló con brillo y hubo un momento en que se creyó que era de aquellos que seguiría aferrado a su destino de escritor. Compañero de Alejandro Reyes, de Juan Gandulfo, de Ramón Clarés, de Alberto Rojas Giménez y de tantos otros muchachos ilusionados de ese tiempo, Alejandro Vázquez hubo, sin embargo, de resignarse a ver como pasaba la vida sin que lograra dar cima a sus sueños de poeta.

Médico de corazón sensible, de espíritu exquisito, de generoso impulso para darse por entero a toda obra de bien público, Alejandro Vázquez fué sometiéndose al rigor de la existencia y dejando rezagados sus sueños de artista, aunque en el fondo, en su intimidad, jamás renunció a ellos. Un libro de juventud fué lo único que, por este camino, tuvo la suerte de ver publicado. Vivió en provincias y allí su alma siguió secretamente alimentando el ideal, pues siempre estaba atento a todo aquello que afloraba en un verso, en un cuento o en cualquiera de las manifestaciones del arte literario. Hacía años que residía en la ciudad de Quillota y allí fué como parte de la ciudad misma por su contribución permanente de amor, de generosi-

dad, de alegre entusiasmo para cuanto fuera una manifestación artística. Y en el ejercicio de su profesión de médico logró conquistarse un sólido prestigio, al cual estaba unido el cariño, y más que eso, la veneración de todo un pueblo.

Ultimamente se había dedicado a escribir una novela en la cual resumiría todos sus recuerdos de juventud. Era un libro evocador. Uno de esos libros que surgen, aunque pase el tiempo, como una viva llamarada, porque con ellos renace el fuego de la juventud, que estaba dormido en un rincón del corazón, pero cuyos rescoldos seguían quemando sin apagarse nunca. Era un libro de extraordinaria simpatía, en la que como un suave resplandor se advertía la suavidad, la ternura, la bondad de su carácter.

Le vimos una de estas últimas tardes del invierno santiaguino en su lecho de enfermo del Hospital de San Borja. Nos habló, con los ojos iluminados de entusiasmo, de su novela. Esperaba sentirse mejor para corregirla y lanzarla a la publicidad. Allí estaba todo aquel río de aguas bullidoras en que se reflejaba el paisaje pintoresco y alegre de la juventud. Eran muchos los hombres que bajo el disfraz de un nombre supuesto irían apareciendo allí. Pero el destino se empeñó en romper aquel sueño de dicha que significaba para él ver su libro convertido en una espléndida realidad.

Alejandro Vázquez se marchó aferrado a su ambición ideal. Hizo todo lo que un gran ciudadano puede hacer por su tierra. Y tuvo además un corazón de artista. Y una dulzura suave de buen amigo. De esos hombres que tienen el alma transparente y que no saben lo que es vivir de otra manera que aferrado a esos propósitos de generoso amor, que elevan la condición humana.

Jornadas Cartesianas

La Sociedad Chilena de Filosofía, que preside don Enrique Molina, ha celebrado en Santiago, en el curso del mes de